

DOMINGO ROSADO

Catedrático Asociado de Educación
Universidad de Puerto Rico

CONSIDERACIONES EN TORNO A UNA FILOSOFÍA PARA EL MAESTRO

Conferencia dictada en la Universidad Interamericana de Puerto Rico, el 14 de noviembre de 1956.

LA educación moderna requiere del maestro de hoy preocupación sincera por su quehacer como nunca antes se le había exigido. Es que vivimos en una época de crisis a la cual Brameld llama “nuestra era esquizofrénica”.¹

Presenta Brameld nuestra era como una en la que nuestra cultura está en crisis. La describe como una época en la que “nuestras instituciones, hábitos, símbolos, creencias y credos están infectados por una inestabilidad crónica, por la confusión, las bifurcaciones y la falta de certeza”. Y apunta que la cultura de este siglo es una cultura esquizofrénica, “una cultura dividida a causa de sus propios conflictos internos”.

¹ Brameld, Theodore: *Patterns of Educational Philosophy*, World Book Co., Yonkers-on Hudson, 1950, p. 59.

El hombre ha creado una civilización tan compleja en su estructura que él mismo encuentra difícil adaptarse a ella. La ciencia y los descubrimientos hechos por ésta han causado cambios tremendos. Han surgido nuevas necesidades y nuevas exigencias que han ido colocando al hombre en una posición tal que éste se siente frustrado y lleno de ansiedades. Hay conflictos en sus interioridades y se le hace difícil armonizar sus intereses de modo tal que pueda responder con propiedad a las exigencias de la situación. Esto lo hace sentirse deprimido y a veces desesperado. Unas veces se siente agresivo y otras sumiso. En muchas ocasiones se cree desplazado, y abriga un sentimiento de extrañeza en su ambiente del cual desearía fuggarse. Muchas veces se agarra a una serie de valores para encontrarse de pronto con que los está repudiando para asirse a otros completamente opuestos en carácter y propósito. Así el hombre no se siente apto para tomar decisiones inteligentes y va por la vida sintiéndose solo en medio de las multitudes. Su ego se divide, se agrieta su personalidad y con esto aumentan y se agigantan sus conflictos.

En una época como ésta en que el hombre tiene ansias de libertad, esta esquizofrenia en nuestra cultura lo vuelve a él esquizofrénico también. Se frustra el verdadero disfrute de la libertad. Sears describe la condición desesperante del hombre moderno en estas palabras: "Una personalidad dividida con cada una de sus partes agarrándose a sus propios valores y combatiendo por ellos es lo que le niega al hombre la posibilidad de la libertad. Si es que va a existir la libertad, debe haber decisión en cuanto a la mejor de las alternativas, preferencia por aquella que ofrezca las cosas que últimamente satisfagan mejor el mayor número de nuestras necesidades; es necesario un ego equilibrado que haga la decisión; y una inteligencia que haga esta elección en forma efectiva. La libertad es elección efectiva".²

Ante esta situación así descrita, el maestro de hoy que es producto de la cultura en que vive y se desenvuelve, necesaria-

² John Dewey Society: *Education in an Age of Anxiety*, Thirteenth Yearbook, p. 3.

mente tiene que estar afectado en su personalidad por estos conflictos, por esta lucha que llevamos todos por dentro entre lo ansiado y lo posible. Necesariamente tenemos, como los demás ciudadanos, nuestras aspiraciones. ¡Cuántas frustraciones se experimentan en nuestro afán de armonizar estos dos polos que he mencionado: lo ambicionado y lo posible. Lo ambicionado es lo ideal, lo que desearíamos tener. Muchas veces esto se convierte en un mero castillo de naipes que al más leve soplo de la brisa se derriba. Tanto ambicionamos a veces que nos salimos del marco de la realidad y penetramos en uno en el que hacemos nuestra realidad propia. Nuestros ideales se convierten en un duermevela un poco peligroso, para nuestra salud mental si exageramos la nota. El otro polo, el de la realidad es el que marca hasta dónde es posible lo que anhelamos. Es aquí donde se necesita templar un poco nuestra voluntad para aceptar inteligentemente los dictados de la realidad. Con esto no quiero decir que adoptemos el conformismo de Diógenes o el fatalismo de los estoicos. Significa esto, que nuestra vida de educadores requiere balance emocional, equilibrio e integración para llegar a ser maestros felices, mentores de niños y jóvenes para quienes ambicionamos la felicidad.

Todo lo anterior apunta hacia la necesidad de una sana filosofía para el maestro. El hombre pasa en su vida por tres etapas muy significativas, especialmente para el maestro.

Pasa, en primer término, por una etapa en la que se queda en un nivel sensorial. Ve las cosas, las observa, pero no penetra en su interior. Se queda en la periferia de éstas. Sus juicios son muy sencillos. Se guían éstos, muchas veces, por el sentido común, pero como éste es el menos común de los sentidos, sus apreciaciones, creencias y juicios están muchas veces plagados de error. Alcanza luego la otra etapa más elevada que la anterior. Aquí se encuentra en el nivel científico. Penetra en las cosas, las desmenuza, las tritura y reduce sus fenómenos a leyes. Ordena, organiza, clasifica, teoriza, prueba y comprueba, suspende el juicio hasta que logra toda la información, estudia los hechos, busca similitudes y diferencias, traza leyes, generalizaciones y principios. Para él el consenso

de opiniones ya verificadas y convertidas en verdades siempre abiertas a examen y reexamen, a continua revisión, es norma de vida. El otro nivel, el más elevado es el filosófico. Rompe los límites de cada ciencia en particular para preocuparse por el sentido, el valor y el significado de toda la experiencia humana. En el segundo nivel que he mencionado —el científico— el hombre se limita a un campo específico, limitado, con fronteras definidas. En este último campo mencionado —el filosófico— se rompen las fronteras para asomarse a toda la experiencia humana en todas sus manifestaciones en busca del significado de la vida y del mundo en que se vive. Cuando se llega a este nivel es cuando el hombre se preocupa por su destino, por el significado de toda conducta humana, por la relevancia de los valores, por la interpretación del conocimiento, y, en fin, por la organización de toda la experiencia humana en términos de su importancia para la vida misma.³

El maestro de la escuela pública no puede quedarse en el primero de los niveles que acabo de mencionar. En ese nivel sensorial, la vida no tiene sentido. Se reduce a un mero vegetar siendo el hombre un simple bruto que labora, come y se reproduce sin darse cuenta de las implicaciones y consecuencias de sus actos.

Imp
cientif
A mi modo de ver el maestro debe tener bastante de científico y mucho de filósofo. Su quehacer es científico. Requiere un conocimiento científico de la sociedad a la cual sirve, de sus necesidades, de sus ideales y desenvolvimiento histórico, político y sociológico. Necesita un conocimiento amplio de la cultura con todos sus problemas de enulturación, aculturación, cambio social, conflictos, organización, y orden. Esta también es labor científica. Precisa, además, un conocimiento amplio del niño, sus reacciones emocionales, sus complejos, del apren-

³ En relación con este asunto se recomienda la lectura de lo siguiente:
a) Randall & Buchler: *Philosophy: An Introduction*, New York, Barnes and Noble, Inc., 1942. Cap. I
b) Chávez, Lidgdano: *La filosofía en el campo intelectual y de la vida*, Filosofía, Letras y Educación, Universidad Central del Ecuador, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, Año VI, No. 19, Julio-Diciembre de 1953.

dizaje y su medición. Esto es sin lugar a duda un quehacer científico.

Pero sobre todo esto, y como adición a su equipo profesional, es necesario que el maestro penetre, no solamente en el campo de la reflexión científica, sino también en el de la reflexión filosófica. Es prudente señalar que en este aspecto se nota una gran ausencia de preparación y de preocupación en el magisterio tanto aquí como en Estados Unidos.

He llegado a creer que hay quienes creen que la filosofía, y especialmente la filosofía de la educación, es un mero apéndice en la preparación del maestro y que en la misma forma que el ser humano puede privarse de este pequeño órgano que sólo sirve para que los médicos se ganen por su extirpación unos cuantos dólares, también el maestro, sin costo alguno puede librarse de los achaques filosóficos. Y gritan los que así piensan, como la turba fanática, a voz en cuello: "¡Abajo la filosofía!" No se dan cuenta de que con esto también están anunciando una filosofía que consiste en subestimar el valor de este quehacer tanto en su vida particular como en la profesional.

La filosofía es la expresión de nuestras creencias. Cada vez que expresamos lo que creemos acerca de la religión, la política, el derecho, la ciencia, la libertad y la educación estamos filosofando. La filosofía no es un quehacer exclusivo del filósofo. Según sostiene Brameld la filosofía "es parte inseparable de nuestra vida".⁴

No podríamos vivir sin tener creencias y convicciones acerca de todo lo que cae dentro del marco de nuestra experiencia y conocimiento. Tenemos creencias en relación con las instituciones sociales, acerca de sus fines, normas y funcionamiento, y del significado de éstas en nuestra vida social y particular. Analizamos la experiencia humana en todas sus facetas, inquirimos acerca de su significado para el hombre, la valorizamos, le damos un nivel de acuerdo con la importancia que le conferimos. Rechazamos unos métodos y procedimien-

⁴ Brameld, Theodore: *op. cit.*, p. 31.

tos y aceptamos otros luego de cuidadoso análisis y reflexión. Nos apegamos a unas normas con preferencia a otras. Todo esto es filosofía.

La filosofía es el timón que encauza el barco por una ruta determinada. Es la brújula que señala la dirección. Sin el timón, el barco se va a la deriva. Sin la brújula no puede precisarse la ruta. Quien no tenga una filosofía de vida llevará un existencia errática y quien no tenga una filosofía educativa bien definida irá por el mundo de su profesión dando palos a ciegas. No tendrá guía ni norte, cayendo unas veces en el Caribdis y otras en la Scila de su ignorancia. O tendrá por el otro lado que seguir la ruta ya trillada del tradicionalismo.

El maestro necesita una filosofía social. Esa debe ser, en nuestra cultura, la filosofía democrática que tanto aspiramos a que penetre en todas las actividades de la vida puertorriqueña, en áreas tales como la política, la religión y la educación. Son postulados sobresalientes de ésta los siguientes: 1) la dignidad humana, 2) la comunicación, 3) la comunidad de intereses, 4) la participación de todos en estos intereses, 5) la deliberación y el consenso y 6) la igualdad humana. Todos estos principios están entrelazados y uno solo necesita del otro para poder ser comprendido.

Se respeta al hombre porque es un ser humano y todos los seres humanos tienen el derecho a ese respeto. Esto supone el principio de la igualdad. No puede haber una sociedad de hombres libres en donde no sean iguales todos los hombres. Ya pasó el tiempo en que la sociedad se dividía en libres y esclavos, en fines y medios. Quedan vestigios de esto en muchos países del mundo, pero cabe darse cuenta de que el malestar que se deja sentir en muchos países y los movimientos revolucionarios que venimos observando desde que terminó la Primera Guerra Mundial hasta hoy débense, en parte, a que se quiere acabar con los vestigios que quedan del feudalismo en que los hombres de una clase se convirtieron en *fines* y utilizaron a los de la otra como *medios*. Una clase asumió todos los derechos y se convirtió en explotadora de la otra

que sólo tenía deberes y obligaciones. Sin la igualdad no pueden sentirse los hombres con igual dignidad y sin esta última la democracia será una mera fórmula. No quiero decir con esto que la igualdad debe ser absoluta porque "Todos somos iguales, aunque todos somos diferentes". Existen las diferencias individuales que no permiten una libertad absoluta.

La igualdad humana permite la comunicación de ideas, el desarrollo de ideales y aspiraciones comunes y el desarrollo de comunidad de intereses. Sin esto, no puede haber unidad e integración en la sociedad. Cuando los intereses están en conflicto, la comunicación permite el libre intercambio de ideas, la discusión, la deliberación, el acuerdo, el convenio que facilita la armonización de intereses. Todo esto supone respeto y tolerancia por las ideas ajenas, por el modo de pensar de los demás.

El maestro debe tener una visión amplia, una personalidad democrática y una mente libre. Debe examinarlo todo, analizarlo todo, pero con respeto. Mal puede exigir tolerancia y respeto quien no respeta ni tolera.

Guiado por estos principios que le ayudan a formar su filosofía de vida el maestro podrá fácilmente formar una sana filosofía de la educación.

Se ha criticado mucho la nueva escuela. Risieri Frondizzi, en un artículo titulado *Las nuevas ideas pedagógicas y su corrupción*⁵ critica la nueva escuela señalando los errores que se cometen al aplicar las nuevas ideas pedagógicas, las de la educación progresista. Señala los vicios que se han introducido con la nueva educación y luego afirma que "Tal peligro tiene su origen en la carencia de una comprensión cabal del significado, filosófico y pedagógico de las nuevas ideas educativas, y en la falta de conciencia de los peligros que tales ideas encierran" (p. 54).

Aunque no estoy de acuerdo con todos los puntos de vista

⁵ Frondizzi, Risieri: "Las nuevas ideas pedagógicas y su corrupción", *La Torre*, Revista General de la Universidad de Puerto Rico, Año II, Núm. 7, Julio-Septiembre 1954, p. 54.

expresados por Frondizzi, en ese artículo, estoy de acuerdo en que no ha habido una comprensión cabal del significado filosófico de estas nuevas ideas educativas. El mismo Dewey se quejaba de esto y así lo manifestó más de una vez en el libro y en la prensa. Bode también critica la mala interpretación y aplicación de las nuevas ideas pedagógicas. Baste leer su obra *Progressive Education at the Crossroads*.⁶

Se desprende de todo esto, que el maestro debe tener una filosofía educativa bien desarrollada. Debe conocer las nuevas ideas pedagógicas. Debe tener un concepto claro de la mente, del aprendizaje, de la cultura, de la sociedad, del método, de las finalidades de la educación, de la democracia y de la epistemología. Debe tener una teoría del hombre, de la realidad, del conocimiento. Debe saber situarse en su cultura, en su ambiente. Debe conocer las direcciones que marca su cultura y ser guía inteligente que pueda ayudar a encauzar aquellas tendencias que estén en armonía con nuestro modo de vida democrática y cooperar en contrarrestar aquellas otras que no sean germanas con nuestra cultura. No debe adoptar una actitud de complacencia cuando la situación exige que se coloque a la vanguardia de todo movimiento progresista y renovacionista.

Quiero terminar con estas palabras. Vivimos en un mundo de relaciones. Estas relaciones tienen su origen en necesidades, intereses y preferencias de nosotros como seres humanos. De estas relaciones surgen nuestros deberes y compromisos, nuestra filosofía de vida. Estas relaciones nos imponen diversos papeles en la vida. Somos padres, amigos, compañeros, miembros de una iglesia o de un partido político o somos maestros, médicos, abogados, carpinteros, plomeros, músicos, pintores o arquitectos. En estas relaciones no sólo asumimos diversos papeles, sino que contraemos diversas obligaciones, deberes y responsabilidades. Aspiramos a dejar atrás lo que somos en algunos aspectos de la vida porque nos fijamos metas

⁶ Bode, Boyd H.: *Progressive Education at the Crossroads*, New York, Newson and Company, 1938.

avanzadas. Marchamos del ser al deber y así nos imponemos obligaciones morales.

Yo exhorto a mis compañeros a reflexionar en lo que somos y a pensar aún más en lo que debemos ser como maestros. Si el centro de la experiencia consciente es el individuo y el centro de toda valoración es el hombre, como afirma Childs⁷ y si “la causa moral de la democracia es la dignidad del hombre”, como sostiene Dewey, el maestro debe forjarse una filosofía en la que dé el justo valor que tiene la experiencia en la formación del hombre. Debe abrir su mente a una filosofía educativa en la que adquieren expresión de realidad el método científico, el respeto al individuo ya sea niño o adulto, el sentido de responsabilidad, la honradez intelectual y la tolerancia para las ideas ajenas. Debe, además, desarrollar capacidad para la autodirección, cultivar la libertad de expresión en el ejercicio de su ministerio dentro de normas sanas y juiciosas. Debe tener fe en el hombre, en sus capacidades y en sus potencialidades para crecer en el poder de reflexión y en el uso de todas sus capacidades en forma integral y equilibrada. Si logramos todo esto, tendremos un magisterio ideal capaz de transformar a Puerto Rico en la democracia que todos anhelamos.

⁷ Childs, John L.: *American Pragmatism and Education: An Interpretation and Criticism*, Henry Holt and Company, New York, 1956, p. 132.